

tres aspectos: su larga extensión, la declaración de intenciones del virrey, quien intentó dar un carácter instructivo a su memoria, inaugurando, en opinión de Alfredo Moreno el modelo de "Relación" ejemplarizante. Por último, el método elegido para su redacción, Armendáriz, con el propósito de evitar las confusiones al pasar de un asunto a otro, optó por el estilo legislativo frente al histórico.

Alfredo Moreno Cebrían es director del Departamento de Historia de América del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Miembro de la Academia Nacional de la Historia del Perú y de la Sociedad Peruana de la Historia. Entre sus publicaciones destacan: *El corregidor de indios y la economía peruana del siglo XVIII. Los repartos forzosos de mercaderías a los indios*, (Madrid, 1977); *Relación y documentos del gobierno del virrey del Perú, José Antonio de Velasco, conde de Superunda (1745-1761)*, (Madrid, 1983) y *Tupac Amaru, el inca que sublevó los Andes* (Madrid, 1992). En la actualidad dirige un proyecto de investigación titulado *Clientelismo y estructura de poder virreinal en el Perú de la primera mitad del siglo XVIII*, financiado por el Ministerio de Educación y Cultura.

Juana Marín Leoz
Universidad de Navarra

Juan López Tabar, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, 411 págs., ISBN: 87-7030-968-4.

Agradecimientos. Introducción. Capítulo I. Paz en la guerra (1808-1813). Capítulo II. El exilio (1813-1820). Capítulo III. En la España del Trienio (1820-1823). Capítulo IV. La hora de los afrancesados (1824-1833). Epílogo. Conclusiones. Fuentes y bibliografía.

El vaticinio lanzado en 1814 por fray Manuel Martínez, uno de esos frailes absolutistas que abundaron durante el reinado de Fernando VII, se ha cumplido en parte. En un escrito cuyo título lo dice casi todo: *Los famosos traidores refugiados en Francia...*, que con oportunidad y acierto toma López Tabar, anunció que el nombre de los afrancesados "transmigrará a la posteridad más remota ennegrecido con el feo dictado de traidores." Fernando VII hizo todo lo posible porque así fuera y, aparte de las disposiciones oficiales contra ellos, acalló las voces que antes de su entrada como rey absoluto en marzo de 1814 los defendían porque durante la ocupación francesa muchos de los afrancesados habían actuado como mediadores entre el pueblo y los generales de Napoleón, como puntualiza el autor de este libro. Contra los afrancesados actuó, asimismo, el rechazo que suscitaron entre un amplio sector de liberales las diferencias políticas, sobre todo durante el Trienio, y, por otra parte, ha costado mucho levantar la losa del "patriotismo" de historiadores y ensayistas de entonces acá. Estas son algunas de las razones que

explican el hecho de que los afrancesados o colaboracionistas con el régimen de José I hayan quedado relegados a un segundo plano por la historiografía. No han faltado, sin embargo, estudios excelentes. Desde el comienzo del siglo XX, algunos historiadores señeros (Deleito Piñuela y Viñas Mey, sobre todo) abordaron ciertos aspectos con un espíritu comprensivo. A mediados del mismo siglo, el estudio clásico de Miguel Artolá marcó una vía interpretativa sumamente productiva y, más tarde, otros historiadores españoles, como Mercader Riba y Luis Barbastro, han incrementado nuestro conocimiento sobre la estructura del Estado bonapartista y el exilio en Francia. Disponemos, asimismo, de excelentes biografías de los afrancesados más significados (Lista, Meléndez Valdés, Moratín, Llorente, Miñano...) redactadas por reconocidos hispanistas (H. Juretschke, G. Demerson, René Andioc, Gérard Dufour, Claude Morange...), pero hasta ahora carecíamos de una visión de conjunto sobre las vicisitudes de este colectivo, en especial tras su vuelta del exilio, sobre sus actitudes y experiencias personales en la España de los años veinte y treinta del siglo XIX y sobre su contribución al pensamiento político y a la reforma administrativa de la monarquía española.

Gran mérito del libro de López Tabar es precisamente la presentación, de forma sistemática y conjunta, de los rasgos que caracterizaron a estos sujetos históricos, traspasando cronológicamente el periodo de la Guerra de la Independencia, marco habitual de casi todos los estudios reseñados. Siguiendo un orden cronológico y mediante un método que toma muchos elementos de la prosopografía (lo cual le permite un acercamiento a los individuos sumamente interesante), López Tabar afronta su estudio en un tiempo extenso, el “tiempo de los afrancesados”, considerando como tal el que va desde el acontecimiento de Bayona, en 1808, hasta el final del reinado de Fernando VII. Según López Tabar, en 1833 termina la era de los afrancesados porque los más significados han muerto y porque comienza una nueva época (la de la revolución política), distinta a la del reformismo administrativo, que es lo que caracteriza según el autor a los afrancesados.

El análisis del talante político de este colectivo tras su vuelta del exilio es una de las novedades más destacables del libro. Según López Tabar, los afrancesados se caracterizaron por su miedo a la anarquía y a los excesos revolucionarios (el “despotismo del pueblo”) y por su coherencia en el acatamiento de los poderes constituidos. Estas fueron las razones del afrancesamiento de primera hora, como pusieron de manifiesto algunos protagonistas en las representaciones escritas durante el exilio, que el autor del libro analiza con inteligencia; las que, durante el Trienio, movieron a los afrancesados a debatir con los liberales sobre la reforma de la Constitución de 1812 y sobre la pluralidad política —extremo este último especialmente conveniente para su propia situación, aparte de que creyeran en él— y las que en las pos-

trimerías del reinado de Fernando VII impulsaron a un buen número de ellos a colaborar en el programa de reforma administrativa encabezado por López Ballesteros. El colectivo, tal como lo presenta López Tabar –creemos que con plena justificación– siempre fue partidario del orden, y como, además, no estuvo sujeto, por razones obvias, al mito de la Constitución de 1812, tan determinante para los liberales, y mantuvo contacto directo con teorías políticas europeas (en particular, el liberalismo doctrinario francés y el utilitarismo de Bentham) derivó hacia el moderantismo. La participación de los afrancesados en la difusión del pensamiento moderado, sobre todo a través de sus periódicos (la actividad periodística fue especialmente intensa durante el Trienio, como muestra con gran agudeza López Tabar, siguiente en buena parte ideas planteadas por Claude Morange), es uno de los elementos más resaltados en este libro.

Para realizar un análisis de esta naturaleza era preciso contestar, de antemano, a una pregunta, en parte sorprendente: ¿Quiénes eran los afrancesados? La confección de un censo exacto probablemente todavía resulta tarea imposible, bien porque las fuentes no siempre son precisas y, hasta el momento, no se han hallado las que contengan la información deseable, bien porque para evitar males mayores, o por otras razones, en algunos casos la “purificación” practicada por Fernando VII pasara de puntillas, bien porque el “patriotismo” de algunos ha ocultado el afrancesamiento de un buen número de individuos (las dos últimas circunstancias son determinantes de forma especial cuando se trataba de integrantes de la jerarquía eclesiástica, como ha demostrado Carlos Rodríguez López-Brea en una excelente biografía de un afrancesado de primera hora, el cardenal Borbón, publicada al mismo tiempo que el libro que comentamos). A pesar de tales imponderables y muy consciente de ello, López Tabar ha podido confeccionar un censo que incluye 4.172 nombres, de los cuales 2.933 se exiliaron en 1813-14. Estas cifras no dan cuenta, evidentemente, de la auténtica dimensión del afrancesamiento (el propio López Tabar estima el número de exiliados entre diez y doce mil personas), pero constituyen una base sólida para el análisis pretendido y con casi toda probabilidad incluyen a las personas más significadas. El recorrido cronológico por cargos y empleos de todo tipo y por las actividades diversas emprendidas por estos individuos, a quienes López Tabar coloca oportunamente en su lugar, constituyen una nueva aportación del libro que no puede pasarse por alto.

López Tabar fundamenta su análisis en el conocimiento proporcionado por cuantos historiadores se han ocupado de este objeto de estudio, en todo tipo de escritos de los afrancesados (no pocos, utilizados ahora por primera vez) y en una base empírica nada desdeñable deparada por los archivos españoles y franceses. Por todo ello, su trabajo constituye, sin duda, un hito rele-

vante en el estudio de los afrancesados y una aportación de considerable valor para comprender el proceso de descomposición del Antiguo Régimen y la gestación de un sistema político diferente. Naturalmente, no se resuelven aquí todos los interrogantes y problemas que el asunto suscita, pero es evidente que este libro abre una perspectiva nueva y ofrece una base sólida para emprender nuevos trabajos. Quizá ahora resulte mucho más fácil –si es que se puede decir tal cosa de la actividad científica– afrontar el reto de la biografía de tantos afrancesados cuya trayectoria nos es desconocida, pero que al menos López Tabar los ha situado, como mínimo en sus facetas más sobresalientes, en el lugar que les corresponde. Aunque sólo fuera por esto, el libro resulta necesario e imprescindible.

Juan López Tabar es doctor en Historia por la Universidad de Navarra por su tesis *Los afrancesados en la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Es autor de los artículos “El regreso de los afrancesados y la voluntad de reconciliación entre los españoles (1820)” en *Trienio* (1991) y “El exilio de los afrancesados. Reflexiones en torno al Real Decreto de 30 de mayo de 1814” en *Spagna Contemporanea* (1999).

Emilio La Parra López
Universidad de Alicante

José Ortega Spottorno, *Los Ortega*, Madrid: Taurus, 2002, 436 pp., ISBN 84-306-0473-1.

Arbol genealógico. Prólogo de Juan Luis Cebrián. Preámbulo. I. José Ortega Zapata (1824-1903). II. Eduardo Gasset y Artime (1832-1884). III. José Ortega Munilla (1856-1922). IV. José Ortega y Gasset (1883-1955). V. Los veintiséis años. VI. Comienza la madurez. VII. 1916. VIII. La plenitud. IX. El viento de la guerra. X. Los últimos diez años (1945-1955).

En febrero de 2002 fallecía en Madrid el hijo menor del filósofo José Ortega y Gasset a la edad de 85 años, víctima de un cáncer. Dos meses después aparecía en las librerías su obra póstuma, *Los Ortega*. Se trata de un libro fronterizo entre la biografía histórica y las memorias familiares. El autor pretende contar la historia de su familia, especialmente de su padre, sin el rigor de un historiador, pero con la frescura de tratar a unos personajes que le son muy cercanos.

La bibliografía acerca de José Ortega y Gasset es extensísima, tanto de monografías, como de artículos en prensa y revistas especializadas, o tesis doctorales. Una visita a la biblioteca de la Fundación Ortega de Madrid, donde se recogen, no solo los libros de la colección particular del filósofo madrileño, sino todo lo que acerca de él se escribe, confirma el interés universal que ha despertado su persona y su obra. Sin embargo, en esta extensa relación de escritos, no es fácil encontrar biografías del filósofo. Las exis-